

SECCION ESPECIAL

RECONOCIMIENTO AL Dr. MICHEL KOURIE

Club Deportivo NACO
9 de noviembre 1995



EN LA FOTO, DE PIE, DE IZQUIERDA A DERECHA LOS DOCTORES EDUARDO GARCIA SUAREZ, JULIO M. RODRIGUEZ GRULLON, NICOLAS RIZIK, JOSE ASILIS ZAITER. SENTADOS EN EL MISMO ORDEN, DOCTORES MARIANO DEFILLO RICART, EL HOMENAJEADO MICHEL KOURIE Y ANA MARIA GUERRERO KRANTZ.

Deseo antes que nada agradecer a todos aquellos que gestaron este honroso reconocimiento a mi persona, por mi modesta contribución a la enseñanza en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) durante 25 años.

Hoy al pasar revista a mi vida profesional en la Universidad, recuerdo con nostalgia mi llegada a la UNPHU en el año 1970, poco tiempo después de haber regresado de mis estudios de post-

grado en París, cuando ingresé como novel profesor para laborar con un excelente grupo de patólogos como eran los doctores Mario Ravelo Barré, pionero de la Anatomía Patológica en nuestro país, Mario Ravelo Marchena y Miguel Angel Logroño Batlle. La UNPHU prácticamente iniciaba su gran aporte a los estudios universitarios, sin dudas con múltiples y variadas dificultades, pero con mucha calidad humana y mucha determinación, hasta desarrollarse, sin

temor a equivocarme, como la casa de estudios de mayor calidad en nuestro país.

Recuerdo haberle enseñado patología al primer grupo de estudiantes graduados en la Universidad, una docena de brillantes estudiantes que harían historia dentro de las actividades académicas, como lo fueron Figueroa, Batlle, Guerra, Plá, por solo mencionar algunos entre ellos. No menos brillante fueron numerosos estudiantes que cronologicamente desfilaron posteriormente por nuestras aulas, como hoy recuerdo a Eduardo Yermenos, Pedro Hernandez, Eduardo García, Ana María Guerrero, Roberto Hernandez, Remberto Stern, Tato Esteva, Nicolás Rizik, por mencionar tan solo y a título de ejemplo, 12, entre decenas de alumnos que hoy día son reputados profesores, médicos generales y especialistas en nuestro país, que nos enorgullecen con sus actividades profesionales. Así mismo guardo cálido recuerdo de muchos de nuestros alumnos, dominicanos y extranjeros, que ejercen con gran calidad en Puerto Rico, USA y Sudamerica.

Como todo ser humano, al fin mi conciencia apaga progresivamente los momentos desagradables vividos en la Universidad, pues los hubo, y deja florecer todas las satisfacciones que tuve, muy particularmente el haber aportado un granito de arena, en la formación de estos valiosos profesionales que hoy nos llenan de orgullo.

Guardaré un eterno reconocimiento para la UNPHU, pues en ella se formaron como profesionales 3 de mis 4 hijos, dos médicos, uno hoy día patólogo graduado en la Universidad de Montpellier en Francia, y el otro residente de Medicina Interna y Cardiología en el Hospital Good Samaritan de Cincinnati, Ohio, en USA. Finalmente mi hija, graduada Cum Laude de Psicología Infantil en esta Universidad, ejerciendo su delicada profesión con mucho decoro, modestia aparte.

Recuerdo igualmente la gran confraternidad que tuve y que tengo con todos sus profesores, particularmente los de medicina, activos y ausentes, habiendo sido un verdadero privilegio laborar hombro con hombro con ellos. No deseo dejar pasar por alto en esta oportunidad y dejar de mencionar entre ellos a los eminentes doctores Alejandro Capellán, Felipe Pimentel, Amable Lugo Santos y Ulises Fermín Perez Plácido, quienes fueron sucesivamente mis profesores, mis colegas y posteriormente profesores de mis hijos. Para

ellos evoco, mi emotivo recuerdo para los que ya partieron y mi mas profundo afecto y reconocimiento para los que están aún entre nosotros.

Igualmente deseo expresar en este momento todo mi afecto y admiración para mi hermano del alma y compañero de estudios, Mariano Defilló Ricart, quién con su capacidad de trabajo, su alta competencia, su seriedad y comprensión, fue ejemplo y guía para muchos de nosotros en el difícil ejercicio del magisterio.

Mis relaciones con las altas autoridades de la UNPHU fueron siempre amenas, amistosas, directas, afectuosas. Por circunstancias personales tuve mas intimidad con mi gran amigo el Dr. Bienvenido Delgado Billini. Igualmente con todos sus rectores, en el tiempo que pertencí al cuerpo de profesores de la Universidad. Al Dr. Juan Tomás Mejía Feliú le conocí previo a su rectorado, cuando me tocó servirle como especialista a un pariente cercano suyo y desde ese momento empezó a florecer una amistad que se prolongó en la Universidad. Con el Dr. Viñas Román hice mi amistad desde que era un simple profesor, prosiguiendo nuestras excelentes relaciones desde su rectoría. Finalmente con el Arquitecto Roberto Bergés Febles, amigo de infancia, con quién compartí aulas en el Colegio Dominicano De la Salle, desde el 5to curso de primaria, por quien profeso una gran amistad y admiración por su obra rectora. En todos estos altos funcionarios siempre encontré una afectuosa amistad, mucha comprensión y las puertas de sus despachos siempre estuvieron abiertas para mi. Gracias por todo eso.

A mi juicio, ser profesor de medicina conlleva a una gran responsabilidad, a un estado de conciencia para formar médicos capacitados, revestidos de conceptos hipocráticos. En ese orden de ideas, siempre preferí la calidad a la cantidad, y sigo pensando igual, sobretodo cuando se enseña una rama tan básica de la medicina como lo es la Anatomía Patológica.

Recuerdo amargamente cuando las autoridades universitarias, en un semestre que se pierde en el tiempo y en el espacio, me enviaron una comunicación donde se me informaba que había obtenido una alta calificación en la evaluación periódica que hacen los estudiantes a sus profesores. Recibí con lágrimas en los ojos la felicitación, que consideraba irónica, pues pensé que había sido un buen profesor en ese semestre

y malo en los otros 49.

Siempre he creído que la evaluación que hacen los estudiantes al profesorado, era la broma más cruel que nos jugaba la Universidad. Es mi criterio muy personal que los estudiantes califican a sus profesores con un estado anímico muy cambiante, de acuerdo a las circunstancias y así se lo comunicó en una oportunidad a nuestra mutua amiga Idalina, a quien considero una joya de esta Universidad. Los estudiantes cuando me evaluaban antes de someterse al 1er examen parcial, me veían como mi patrono, San Miguel Arcángel, que espada en mano mataba el demonio de la ignorancia. Si me evaluaban después de un mal examen parcial o reprobaban la materia, me veían entonces como Drácula.

En honor a la verdad y haciendo un exhaustivo examen de conciencia, no sé si fui realmente un buen profesor, aunque Dios es mi testigo, me esforcé mucho por serlo. Fui exigente buscando calidad, para aquellos que en el mañana iban a tratar con vidas humanas. Eso me grangeó muchos simpatías y muchas antipatías. En lo que si estoy seguro es de que traté siempre de ser justo con los estudiantes, y eso lo juro por mi honor. En ocasiones fui alabado a mis espaldas

por estudiantes y en otras su negación conmigo los llevó a vaciar las gomas de mi carro, a rayarlo, a calumniarme, a acusarme y a difamarme. Unos pocos me desearon la muerte. Posteriormente, ya con el título adquirido, con otra panorámica que da una mayor madurez y la terminación de sus estudios, recuperé la aceptación de no pocos y hoy día me congratulo de tener entre ellos grandes amigos que me han auxiliado cuando he tenido problemas de salud y mi familia igualmente. Quizás comprendieron mi afán eterno, quizás excesivo de inocularles nociones básicas de Patología, que fueran de la mayor utilidad para su preparación académica, para pasar los difíciles exámenes de admisión en el extranjero y sobretodo, para poder ejercer carreras médicas sin deficiencias.

No deseo alargarme más en estas consideraciones, no deseo cansarlos, pues resumir mi vida docente en esta Universidad, no puedo hacerlo con unas cuantas notas recogidas en el mar de vivencias que tuve en ella.

Deseo nuevamente darles a todos las más efusivas gracias, a nombre de mi familia y en el mío propio.

Gracias de corazón

Michel Kourie